

Capítulo

1

El restaurante parecía hecho adrede para una primera cita. Las mesas estaban cubiertas por manteles blancos, pero el resto de la decoración no resultaba demasiado cursi. El menú disponía tanto de platos modernos, para mostrar que el chef estaba a la última, como de platos clásicos, para satisfacer a los glotones más exigentes. La pegatina de la guía Zagat en la entrada le confería un aspecto fiable. Lo definían como elegante y divertido, cualidades que con suerte se reflejarían en la persona —en este caso, yo— que hubiera elegido aquel sitio. La verdad es que el restaurante sólo tenía un problema.

Estaba cerrado.

Llamé educadamente a la puerta de cristal.

—¿Hola? —saludé. El camarero dejó de limpiar las copas y levantó la vista—. En la página web decía que abríais a las cuatro y media —dije, señalando mi reloj.

Él giró el cierre y me abrió la puerta.

—¿Eres la camarera nueva?

Parpadeé perpleja.

—No. Soy Becky Fuller. Tenía mesa para dos a las cuatro y media.

—Es que no he mirado la lista de reservas todavía —repuso, encogiéndose de hombros—. Puedes pasar, si quieres, pero hasta dentro de diez minutos o así no vas a poder sentarte. —Eché un vistazo a mi alrededor para después mirarme directamente—. ¿Y dónde se ha quedado el número dos?

Fruncí el ceño, a la defensiva. ¿Acaso tenía cara de no poder quedar con alguien? ¿Aunque fuera para cenar a las cuatro y media de la tarde?

—Viene enseguida. —Volví a consultar la hora—. No son más que... las cuatro y cuarto.

El camarero esbozó una sonrisita.

—Ah, ya.

¿Estaba ligando conmigo? Pues no era precisamente un experto, aunque yo tampoco soy quién para hablar. Y un poco patoso, además, sabiendo que yo había quedado con alguien.

Una vez dentro, me encogí en un asiento microscópico al lado de la ventana, cerca del guardarropa, y saqué rápidamente mi BlackBerry.

—¿Te sirvo una copa de vino? —preguntó el camarero desde el otro lado del local vacío. Empezaba a sospechar que, si no era el dueño, por lo menos debía de

ser el encargado del restaurante. Si no, ¿qué iba a hacer él allí, completamente solo?

—De momento no, gracias —respondí, golpeando con ímpetu el teclado con los pulgares.

Al cabo de un minuto, volvió a dirigirse a mí.

—¿Nos conocemos?

Alcé la mirada. A mí él no me sonaba. No estaba mal, tenía aproximadamente mi edad, puede que unos años mayor. Entradas ligeramente pronunciadas, con el consiguiente pelo al rape que se lleva ahora entre los tíos con entradas.

De hecho, podría servir para un reportaje. «Por qué los calvos no son calvos». O quizás algo que suene un poco más positivo. Unirlo a los famosos calvos. Bruce Willis. Vin Diesel. Nunca nos faltaban reportajes de tendencias. Eran las noticias de verdad las que se nos resistían.

—Becky Fuller —caviló—. Espera, ¿tú fuiste a Fairleigh Dickinson?

Mis dedos dejaron de teclear y lo miré de nuevo.

—Sí.

—Yo también —dijo él, aunque yo seguía con la mente en blanco—. Soy Ben Smith.

Nada. Y ese nombre tan común tampoco ayudaba mucho. ¿Habría salido con él? Intenté imaginármelo con pelo.

—A lo mejor te acuerdas de mi novio —continuó Ben Smith.

Vale, o sea que no estaba ligando. Madre mía, qué mal se me da interpretar señales. Soy malísima. Habíamos hecho un especial hacía dos meses sobre la prosopagnosia. Gente que no reconoce a sus hijos, ni a sus maridos, ni su propia cara en el espejo. Bueno, yo debo de tener una «ligopagnosia».

Y probablemente tampoco habría salido con él. Aunque la facultad quedaba muy atrás y, con mi historial, no me sorprendería que hubiera habido unos cuantos gays en la lista.

—Se llama Steve Jones.

Steve Jones y Ben Smith. Poco probable. Podía nombrar a todos los miembros del ayuntamiento de Hoboken de los últimos cinco años. En la BlackBerry tenía una lista con los teléfonos de los decanos de todas las universidades, desde Berkeley hasta William Paterson. Me sabía de carrerilla todos los nombres de los atletas de Nueva Jersey en equipos profesionales desde que empezó el nuevo milenio. A no ser que Steve Jones fuera una de esas personas, yo no lo conocía.

—Pero lo dejaste —continuó él—. ¿Qué pasó?

Bajé la BlackBerry y pensé si contarle o no mi vida al gerente del restaurante del que yo no me acordaba y que, por lo visto, iba conmigo a la universidad que yo dejé. Aquí la que hace las entrevistas normalmente soy yo. En ese momento, se abrió la puerta del restaurante y entró mi pareja.

Metí rápidamente la BlackBerry en el bolsillo de la chaqueta y me levanté como un resorte para saludarlo.

—¿Becky? —Sonrió. Una sonrisa muy bonita.

Sonreí triunfante a Ben. *Había* un número dos.

—Es largo de contar —le dije, mientras él agarraba de mala gana un par de menús y nos acompañaba a la mesa.

¿Por qué había dejado Fairleigh? Me habían hecho una oferta mejor.

Seis minutos más tarde me estaba preguntando si al final no habría sido mejor tomarme la copa de vino con Ben. Ya eran oficialmente las cuatro y media, con lo cual el restaurante estaba oficialmente abierto y podíamos, oficialmente, pedir, creo. Eso si la camarera se decidía a terminar de comer y mover el culo de una vez.

En esos seis minutos, además, mi BlackBerry había sonado por lo menos cuatro veces, y toda mi concentración se iba en no contestar a los cantos de sirena. Tenía que esforzarme por conseguir toda la elegancia y la diversión de las que aquel restaurante, visto lo visto, carecía a las cuatro y media.

Ben Smith se hallaba en paradero desconocido, lo cual alivió la presión que sentía de rememorar con él aquellos días de universidad que recordaba vagamente. Aunque esa conversación podría haber sido más fácil que la que estaba intentando mantener sin éxito con mi verdadera pareja.

—Qué bien que hayamos podido quedar tan pronto —comenté, intentando no jugar con los cubiertos—. Ya sé que es un rollo...

—Ah, no pasa nada —respondió mi acompañante—. Nunca... había venido a cenar a estas horas. Una gente curiosa.

Y tanto que gente curiosa. En una esquina del local, una pareja de octogenarios bizqueaba intentando leer el menú con sus gafas bifocales. En otra, dos camareros y un ayudante estaban terminando de comer.

Forcé una sonrisa.

—Es lo que conlleva esta profesión. Es que trabajo para *Buenos días, Nueva Jersey*...

—En el Canal 9, ¿no? —respondió. Se llamaba Jon, pero no *Jon* de Jonathan, como habría sido lo normal, lo cual era un poco confuso. Mi vecina de abajo había sido quien había arreglado el encuentro. Ella y Jon eran compañeros de oficina. Él llevaba poco en la ciudad..., lo típico.

—Sí, y es que empezamos muy pronto, por eso tengo horarios de bebé.

¿Por qué no John? Yo era Becky, y no Beccie, ni Beki, ni nada raro. Cuando a todo el mundo le dio por ser creativo con la ortografía, fue cuando empezó a haber problemas con los *teleprompters*.

Bueno, con Jon no habría problema, pero aun así...

Mi BlackBerry empezó a vibrar otra vez. La notaba ronronear en el bolsillo de la chaqueta. Ya sé que esto

que voy a decir sonará a locura, pero creo que he desarrollado un sexto sentido para estas cosas. Y éste era un ronroneo de desesperación.

—Perdona, tengo que... —La saqué y la comprobé—. Estoy con una noticia sobre la plaga de mosquitos en Ho-Ho-Kus, cerca del...

Leí el correo y torcí el gesto. ¿Qué se pensaba Anna, que yo era una Wikipedia andante? Levanté la vista hacia Jon.

—¿Los mosquitos muerden o pican?

—No sé —contestó Jon—, pero cuando yo vivía allí, los mosquitos de Ho-Ho-Kus practicaban artes marciales.

Qué mono. Era mono. Y paciente. Me apresuré con el correo —puse «morder», para que conste— y coloqué la BlackBerry sobre la mesa.

—Vale, hala, ya está.

—Bueno —dijo Jon, con los ojos brillantes—, me estabas hablando de cuándo te vas a la cama...

Buena jugada, sí señor. Pero yo mantuve la calma.

—Bueno, antes entrábamos en antena a las cinco de la mañana, pero luego una compañía gigantesca compró la cadena y decidieron ponernos a nosotros en vez de poner publisreportajes, ya que generábamos algún ingreso más, así que ahora empezamos a las cuatro de la madrugada.

—Qué coñazo.

La BlackBerry volvió a sonar, y empezó a dar saltitos por la mesa como una cucaracha. Por fin la atrapé.

—Espera que... —Jon enarcó una ceja por encima de la carta. Vale..., con una vez, ya vale—. Lo apago ya.

En cuanto mirase quién era, claro. Ay, mierda, Anna.

—Ay, lo siento —le dije a Jon, llevándome el teléfono a la oreja—, es un segundo... Hola.

—Becky —la voz de Anna sonó al otro lado de la línea—, no quiero interrumpir, pero, por favor, dime que te ha llegado el último mail.

—Lo ha confirmado para mañana —respondí—. Te he enviado la lista de preguntas.

Jon dio la vuelta a la página del menú. ¿Los postres? ¿Ya? Pero si aún no habíamos pedido.

—¿Y tenemos los...? —continuó Anna.

—Yo ya he mandado el material de la investigación del mosquito de Weehawken de hace dos años. *Bueno-tedejo*, adiós. Llévate un *spray* para los bichos. —Colgué, me volví hacia Jon, y sonreí disculpándome—. Ya sé que molesta que la gente haga eso. Te dan ganas de decir: «La cuenta, por favor».

—No —dijo Jon.

—Es que éste es un trabajo de estar todo el día disponible, ¿sabes? Aunque sea una cadena local. Vamos, que no somos una cosa especial, no somos como el *Today*, para qué vamos a engañarnos. Ellos son el patrón oro.

—Ya —contestó Jon.

—Sí, si te paras a pensarlo. Y nosotros no somos más que..., bueno, que lo siento. No lo vuelvo a tocar.

Jon parecía escéptico. Mierda.

—Este sitio está bien, ¿no? —comenté, tanteando—. Me recuerda al Matthews, el que hay en Waldwick. Yo iba allí cuando era pequeña.

—No me suena —añadió Jon.

—Yo siempre pedía gofres —continué, incapaz de parar. No sólo era una cegata para los ligues, sino que además parecía que también era una discapacitada para las bromas. No es de extrañar que hubiera elegido estar detrás de la cámara—. Entonces mi padre se murió, cuando yo tenía nueve años, y mi madre se mudó a Florida hace cinco años por la flebitis. Por lo visto, la sangre no coagula igual en Florida...

Jon me miraba, tan desconcertado como yo ante mi repentina verborrea.

—En fin —conluí, haciéndome con el control de mi boca—, ¿tú a qué te dedicas?

Él dudó un instante.

—Trabajo en *marketing*. En una compañía de seguros.

—Ah —dije, todo lo resuelta que pude—. Qué... bien.

La BlackBerry empezó de nuevo con su sonido de insecto, esprintando con la vibración hacia el borde de la mesa. La cacé en el aire.

—Ay, Dios, es mi jefe. Tengo que...

Jon volvió a abrir la carta.

—Debería... llamarle.

Él se detuvo en la página «Sobre nuestro Chef», la sección a la que sólo recurrían los mortalmente aburridos.

—No, no. Llama.

—¿De verdad? —Sonreí—. Sólo un segundo, prometido.

Me deslicé sobre la silla y contesté. Esperaba que mereciese la pena... Jon estaba empezando a impacientarse.

—Lo único que quiero que me digas, Becky —dijo Oscar—, es que tienes al presidente.

Lancé una mirada a Jon, que observaba a los octogenarios discutiendo sobre si elegir la ensalada de remolacha o la achicoria a la brasa. Quizás envidiaba su atmósfera sociable. Jo, qué mal se me dan las citas.

—Le he dejado tres mensajes a su abogado —dije—. Y si no responde, me planto delante de su oficina a esperar.

Es mucho más fácil controlar un reportaje que una cita.

Jon le hizo una seña al camarero.

—La cuenta, por favor.

Mucho más fácil.

Abrí los ojos de inmediato en cuanto sonó la alarma: la una y media de la madrugada. Un día más. Alcancé el mando de la tele del tocador. *Good morning, CNN.*

Encendí rápidamente la tele de la estantería. *Guten Tag, MSNBC.*

Y la tele que embellecía el arcón a los pies de la cama. *Queridas noticias de la FOX: última oportunidad. Como no os portéis bien, os cambio por las noticias del satélite. Y va en serio.*

Me cepillé los dientes, con un ojo en las encías y otro en el reflejo de la tele de la estantería en el espejo del baño. Nada, un montón de tonterías. Más vale que los otros productores metan la historia de los mosquitos, sobre todo después de haberme estropeado la cita con Jon.

Había sido un encanto. Con mis horarios, era raro conocer a alguien fuera del ámbito de los vigilantes nocturnos o los repartidores de periódicos. Hubo un panadero muy majo de Hoboken dos años antes, pero engordé diez kilos saliendo con él. No comía así desde que dejé la universidad.

Una barra de noticias se iluminó en la pantalla de la CNN. Me giré, cepillo de dientes incluido, para captar los detalles. A ver..., ¿un accidente en Phoenix? Bueno, nada. Seguro que allí, en Atlanta, tienen un concepto más amplio de «noticias».

Me vestí, agarré el maletín de mi portátil, el bolso, una bolsa con las cosas del gimnasio, otra bolsa con las carpetas de las historias en proceso y la chaqueta. Estaba metiendo la llave en la cerradura cuando apareció Jim, mi vecino, que venía de sacar a su perro pug.

— Buenas noches, Jim — saludé, manteniendo las distancias con su perro ladrador.

— Buenos días, Becky — contestó él.

Y así es mi vida. Quedo para cenar a las cuatro de la tarde, me voy a la cama a las ocho, y a la una y media estoy en pie, preparada para compartir las noticias importantes con el resto del mundo.

Eso es el mejor de los casos. A veces lo más importante acaba siendo los mejores sitios para comprar pollo ecológico más que el periodismo puro y duro. Pero ¿acaso las aves de corral no son de vital importancia para un ama de casa media de Edgewater? No hay ninguna ley que obligue a que todas las noticias hablen del Yemen o de Corea del Norte.

Una vez en el coche, empecé a hacer zapping con las emisoras. Rock suave, anuncios, un programa cristiano de llamadas... Ah, noticias. Tiempo, tráfico, vale, lo cubrimos, lo cubrimos ayer, un momento..., ¿qué lleva Kim Kardashian? Hummm. ¿Puede ser una prenda de moda? Nooo. Más de lo mismo. Que alguien me dé noticias de verdad. A ver si la radio pública..., ¡Háblame, NPR!

Paré a coger los periódicos y me metí en el aparcamiento del Canal 9.

Mi amiga y coproductora, Anna García, me abordó en cuanto entré. Por favor, que no sean más preguntas sobre mosquitos.

— ¿Qué tal? ¿Cómo fue?

Unos años menor que yo, Anna tenía la virtud de seguir pensando que toda cita a ciegas es susceptible de ser la ocasión definitiva. Aunque eso era mucho más fácil siendo Anna García. Tenía una cara de ángel y cierta habilidad para la monogamia en serie. Desde que la conocía, sólo había estado soltera durante un mes; en total.

Quizás debería mentir y soltarle un cuento maravilloso sobre una noche de ensueño. O decirle que no llegué a casa hasta las tantas..., ¡hasta las nueve de la noche!

—Bastante bien —respondí—. Era majo. Eeeh..., se puede decir que nos caímos bien enseguida.

O por lo menos hasta que me puse a mirar la BlackBerry como una posesa.

Anna me contempló escéptica.

—¿No te pondrías a mirar la BlackBerry como una posesa?

—Sí —confesé—. Pero lo hice con mucha clase.

Anna soltó una risita. Ya, no me lo creía ni yo.